Las Rosas Azules

Leyenda

Antonio Afán de Ribera

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7939

Título: Las Rosas Azules
Autor: Antonio Afán de Ribera
Etiquetas: Cuento, leyenda

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 26 de enero de 2023
Fecha de modificación: 26 de enero de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

I

Venid á mi, trovadores, yo os contaré la leyenda del amor recompensado.

Las cuerdas de mi lira modularán acentos armoniosos, que celestial inspiración anima mi frente.

Voy á relatar la historia de la más linda doncella de las agrestes montañas de Ronda.

De Isabel de Perada, la hija del bravo adalid del castillo de Peñas Blancas, aquel que eleva sus almenas hasta confundirse con las nubes.

Y la de Hamet, el mancebo más galán que usara turbante en la siempre belicosa tribu de los Aldorandines.

Vedlo, la azulada marlota ondula agitada por el viento de la tarde, el suelto alquicel forma elegantes pliegues sobre el erguido talle del guerrero, que refrena los ímpetus del negro corcel, oriundo de los arenales africanos.

En la aguda lanza lleva pendiente un bordado pendoncillo con esta divisa: *libre*. Frase que forma la desesperación de las doncellas de la corte del buen Mahomet V, octavo rey de Granada.

Al frente de doscientos ginetes, tostados por el sol, con relucientes ojos y aguda barba, armados de anchos alfanges damasquinos y aceradas gumías, á quienes siguen quinientos peones, de andar ligero, y de excelente puntería en las armas arrojadizas, sale al campo por la puerta de Elvira, dirigiéndose á las fronteras.

Van á talar las tierras enemigas, y solo escenas de sangre y de desolación dejarán á su paso.

Las sombras de la noche los envuelven, y rápidos como el relámpago llegan al término de su viaje.

Ocultos en las sinuosidades de un hondo barranco, que en el invierno envía sus corrientes al Guadalhorce, aguardan que la aurora aparezca en la empinada cumbre, para saciar su sed de venganza en los desprevenidos andaluces.

¿Qué importa la fortaleza que á poca distancia se levanta, si desde sus torreones no ha sabido distinguir al enemigo?

La roja cruz de Calatrava que adorna el estandarte colocado en la sala de honor del caudillo, no ondeará sus pliegues en el combate. Sus guardadores ignoran el riesgo que les amenaza, y los soldados apenas si tratan de vestir sus militares arreos, mientras los labriegos se esparcen por la fértil campiña que á la falda del cerro se dilata.

Rico botín y grandes tesoros, serán arrebatados en cortos instantes.

Los primeros rayos del sol doran el paisaje, y Hamet sonríe y contempla á su hueste, que solo espera sus órdenes.

Antes de dar la señal quiere hacerse cargo del terreno á que como tigres ardientes ha de lanzar sus tropas.

Seguido del esclavo más fiel que le acompaña, sube ocultándose en lo quebrado de la sierra hasta lo más alto del monte, desde donde se domina una gran extensión.

No se conoce la más ligera señal de alarma. Ya se acercaba el moro á sus labios la bocina de marfil, á cuyo eco respondería en la hondonada ronco grito de exterminio, cuando miró abrirse un postigo de la puerta principal del edificio que iba á combatir.

Cayeron pausadamente las cadenas del puente levadizo; y los guerreros que lo franquearon hicieron un respetuoso saludo con sus espadas, á la pequeña comitiva á que daban paso.

Esta se componía de tres personas.

Marchaba delante un alegre pajecillo llevando en el hombro el halcón encaperuzado y sujeto al brazo con una cadena de plata.

Seguíale una bellísima dama, en la primavera de su vida, que montaba con suma elegancia un pequeño caballo enjaezado con gran primor y que ufano de su ligera carga piafaba noblemente, obedeciendo la blanda mano que le conducía.

Cerraba la marcha una respetable dueña, asentada en un sillón de respaldo, sujeto á el lomo de una pacífica mula, y que parecía ser la guardadora de los dos jóvenes acompañantes.

¡Qué hermosa era la castellana! Sus rubios cabellos se destacaban bajo de la blanca y rizada toca que con primorosas labores ceñía su frente tapando por detrás su cuello, y la alta y abrochada túnica que ancho cinturón sujetaba, cubría una esbella estatura y un cuerpo de admirables proporciones.

Menos rojos eran los colores de las amapolas silvestres que florecían en la pradera, que los labios de la joven; y pura más contraste y mayor belleza, sus ojos negros y rasgados, tenían una expresión y una dulzura imponderables. Con razón llamaban á Isabel, el Encanto de la Serranía.

Sin temor al riesgo que no podían preveer, tomaron, guiando el paje, un estrecho sendero que conducía á una vivienda, mitad casa, mitad cabaña.

Allí moraba una pobre viejecita, servidora que fué de la

madre de la castellana, y a quien visitaba á menudo para socorrerla y consolarla.

Perdió un hijo en un rebato con los agarenos, y el otro que le restaba, quedó enfermo en el castillo á consecuencia de una caída por librar á su dueño de la acometida de un jabalí.

Pero nunca quiso abandonar él sitio donde naciera, y sola, en el dintel de su vivienda, aguardaba con rostro placentero la llegada de la que era el ángel de caridad de los valles.

Este grupo fué el que divisó Hamet en su improvisada atalaya.

Desde su aparición, no podía separar los ojos del rostro de Isabel.

El mahometano sentía latir su corazón de una manera para él desconocida, y sensaciones inexplicables y pensamientos extraños invadieron su cerebro. Habló breves palabras con su esclavo, y se deslizaron silenciosamente á la hondonada á reunirse con sus guerreros.

En tanto Isabel se adelantaba alegre á recorrer el largo trecho que la separaba del objeto de su viaje.

Á medida que avanzaba, el astro del dia iluminaba los plácidos sitios, como si el sol se regocijara de contemplar otro astro humano, dechado de pureza y de candor.

Marcelina, la anciana servidora, salió á la puerta, al divisar la visita que tanto anhelara.

Isabel detuvo el paso de su cabalgadura.

Presuroso y con la más franca sonrisa, el paje se arrodilló para sostener el lindo pié de su señora.

Esta, de un salto, pisó la tierra, yendo á abrazar á la que esperaba esta muestra de cariño con las mejillas bañadas en lágrimas.

Mientras el paje y la dueña disputaban acaloradamente el rapazuelo malicioso no se prestaba á servir de escalera á la guardiana adusta, y á poco si la derriba en la bajada.

Una frase de Isabel la contuvo, y murmurando fué á recoger las bridas de las caballerías.

—¡Qué gran consuelo experimento al veros, mi amada niña, exclamó Marcelina, sois el vivo retrato de la que á todas horas contemplo como si estuviese á su lado.

—Sosegaos, mi buena aya; vuestro hijo vendrá pronto á habitar aquí como antes, que el capellán del castillo le suministra sus más eficaces medicamentos. ¿Pero, y mi regalo de costumbre? añadió Isabel, mirando á todos lados.

—Allí se encuentra, sobre la mesa, respondió la anciana, pero la humedad de estos parajes hace que las flores no ostenten sus más vivos matices. ¡Ay! sus colores son pálidos, y solo reflejan los tintes de las nubes, hacia las que constantemente elevan sus tallos.

Isabel entró en la casa apareciendo en seguida con un pequeño ramo de flores. Unos amarillos alelíes se destacaban en el centro, y varias campanillas azuladas los rodeaban.

—Pues así y todo, me gustan, mi buena Marcelina, añadió Isabel colocándose el ramo en el corpiño; siempre las llevo en memoria de mi querida madre, y me parece que las gotas de rocío que entre sus hojas me encuentro, son lágrimas que vierte por su hija al pedir á Dios la libre de todos los peligros.

Un grito de espanto obturo únicamente por respuesta.

Marcelina vio salir de entre unos espinos que formaban un espeso vallado, las figuras de dos robustos negros, que se lanzaron sobre ella y la otra sirvienta.

El esclavo de Hamet, ágil como una fiera, sujetó al descuidado paje amordazándole y entrelazando sus brazos con fuertes ligaduras.

Todo ello fué ejecutado en breves instantes. Hamet, frenético, jadeante, se arrodilló ante Isabel, diciendo:

—Hourí del verdadero paraíso de los creyentes, única imagen por quien siento amor eterno; pues la fortuna me depara tan inesperada dicha, ven, y serás la reina y única señora de mi harem.

Pálida como el mármol quedó la castellana, en nada pudo apreciar las palabras que la dirigieran, pues desmayándose hubiera caido al suelo, si el agareno no la hubiese sostenido contra su pecho.

En esta situación, llamó á sus servidores, que aparecieron rápidamente.

—Á caballo, les dijo, plegad las banderas, mis riquezas son vuestras en cambio del botin que os he prometido. Un tesoro por el que diera cien vidas, he conquistado en esta nazarena, ayudadme á conducirla á Granada, y que ni el viento iguale nuestra marcha.

Los guerreros siempre prontos á obedecer á su caudillo, ejecutaron sin replicar sus mandatos.

Hamet montó en su poderoso caballo á la desvanecida belleza, y cogiendo el ramo de flores, lo llevó á sus labios, lo sujetó enseguida en el turbante, y arrancando el emblema de su lanza, dijo:

—Desde hoy más dejo de ser libre, pues quedé preso en los rasgados ojos de la hechicera cristiana.

Tal habló el caudillo de los ginetes granadinos.

Y rápido como el relámpago, al ejecutar su pensamiento,

tomó, seguido de los suyos, sin dejar otra huella sensible de su paso, la vuelta para la ciudad que coronan las nieves del Solair.

Únicamente el halcón rompiendo sus plateadas cadenas, se cernió un momento en los aires, lanzó un lastimero graznido, y fué á posarse en las desiertas almenas del castillo, presagio del dolor que esperaba á sus descuidados guardadores.

II

En la empinada cuesta de la Alhacaba, enfrente de la *puerta de los Estandartes*, se levanta un magnífico edificio. Es el palacio de Hamet, el walí más poderoso entre los de su tribu.

Pero ya en sus lujosas estancias, y en sus afiligranados pabellones, no reina la alegría que antes.

La tristeza domina por donde quiera, y ni lujosas cabalgatas, ni grupos de activos servidores salen de ella para dirigirse al alcázar de la Alhambra.

Y no es que el Monarca, siempre generoso con sus valientes capitanes, no le perdonara el poco éxito de su expedición; antes por el contrario, sabedor deja ardiente llama que abrasara al guerrero, le ofreció un rico presente para la que creía dichosa castellana.

Esta motivaba todos los pesares. Las emociones que experimentó, la rápida carrera sufrida hasta llegar á Granada, y la vista de Hamet siempre á su lado, alteraron de repente su razón y se volvió loca. Pero su extravío era pacífico, y su dolor mudo, lento, sin darse cuenta de lo que á su lado ocurría, y como si se hubiese trasportado á otro mundo y á distinta naturaleza. Vagando como una sombra por los hechiceros jardines del palacio de Hamet, seguida de dos esclavas que la guardaban cariñosas y que obedecían á sus menores caprichos, su ocupación consistía en formar incesantemente ramilletes de flores, que á seguida deshojaba como no satisfecha de su obra. De todas las plantas que allí florecían, los rosales eran á los que-mayor atención prestaba. Y cuenta que los había de distintas especies y

matices. Pero Isabel los recorría todos: arrancaba anhelanto sus mas lozanos capullos, los miraba un instante, una leve sonrisa entreabría sus labios, pero duraba un solo momento, y después, los arrojaba desdeñosa vertiendo lágrimas de amargura.

Y el moro, testigo silencioso de tan apenadora escena, se consumía de dolor, y hubiese dado su existencia por devolver la salud á su bella cautiva.

Los más sabios alquimistas, los más famosos médicos de Córdoba la sometieron á sus cuidados, y todo fué inútil. Ni un solo destello de razón volvía al cerebro de la joven. Pero el verdadero amor procura efectuar milagros.

En fuerza de observaciones, Hamet notó que la manía de Isabel era encontrar una flor tal como ella se la pintaba en su fantasía. Tanto más, cuanto que al recogerlas, alzaba en seguida los ojos al firmamento, buscando un tinte, un colorido que no hallaba en sus hojas.

Entonces, plantó las especies más desconocidas; gastó enormes sumas en la adquisición de rosales de los más remotos paises; y los pensiles de Alejandría fueron tributarios de los jardines del generoso musulmán. Pero la época de los hielos, envolviendo los campos, detuvo las esperanzas que abrigara; y su pecho lacerado suspiraba ansioso por la vuelta de la dulce primavera.

El trino melodioso del pájaro, emblema de la fidelidad conyugal, fué su mensajero, y las sencillas violetas las primeras florecillas cuyo aroma aspiró con delicia Isabel.

Y ante el influjo benéfico de las auras de Mayo, los rosales se cubrieron á porfía de expléndidos capullos, y blancos, y encarnados, y rojizos, y amarillentos, y de cuantos colores eran conocidos entonces, se ostentaban lozanos en sus erguidos tallos, saturando el palacio de deliciosos perfumes, y recreando la vista con tan múltiple variedad. Mas las

ilusiones del sarraceno fueron disipadas por la más triste de las realidades.

Isabel siguió en su tarea de formar ramos, de escoger lo más selecto en aquel paraíso de verdor, pero sus caprichos no se cumplieron, y al ocultarse el sol en la serena tarde, volvía á caer eu un banco, insensible, yerta, teniendo que ser transportada á sus habitaciones en los brazos de las esclavas.

Hamet se consumía de pesar; y no porque la joven huyese de su presencia, antes al contrario, muchas veces le agarraba de la mano, y le hacía recorrer las vistosas calles de sus jardines fijando sus ojos en los suyos, con una expresión de dulzura y de pena, que conmovía á cuantos la contemplaban.

Así es, que la joven era querida de todos los que moraban en el palacio, interesándose, aunque en vano, por su salud.

Una tarde en que más preocupada que de costumbre, se entregaba á su ocupación habitual, un anciano jardinero, el más respetable de todos los sirvientes, y favorito del padre de Hamet, que sentía al par de su dueño el sensible estado de la cautiva, y que por ello seguía sus pasos, la oyó dar un grito repentinamente, y descubrió la causa. Un rayo de sol, hiriendo de soslayo una nubecilla que flotaba en el firmamento, teñía del color de los cielos un hermoso rosal, cuyos entreabiertos capullos en vez de rojos, aparecían de un suave tinte azul.

Isabel cortó instantáneamente tres ó cuatro, fué á unirlos, pero al mirar deshecha la ilusión de su acalorada fantasía, las lágrimas inundaron su rostro como de costumbre.

El anciano sirviente dispuso que la condujeran á su estancia, y buscando á su señor le dijo:

—Son inútiles todos nuestros esfuerzos, solo Allah, puede volverle la razón. Las rosas azules que la cristiana apetece podrán hallarse en los jardines del paraíso que pueblan las houríes prometidas al cumplido musulmán, pero no existen,

noble guerrero, en los de la tierra.

Así habló el viejo; Hamet exhaló un suspiro de inmenso dolor, añadiendo:

—Su vida es la mia; y pues se necesita un milagro para salvarla, yo lo pediré á ese Dios, á quien los ojos de Isabel buscan de continuo en las alturas.

III

El sigilo con que el batallador mahometano llevó á cabo la algarada que le hizo ser dueño de la joven, llenó de honda amargura al castellano de la serranía. En vano los espías y renegados se ocupaban en hacer averiguaciones del paradero de aquella; ninguna noticia exacta recibió que pudiera dar luz á sus planes, y la pena le devoraba, aumentando sus padecimientos. Todas sus esperanzas estaban amortiguadas, cuando una tarde se le presentó la antigua servidora de su esposa, expresando su deseo de hablarle á solas.

El padre de Isabel la recibió en seguida; y no sería desagradable para este la conferencia, cuando desarrugando el semblante y con una alegría en él inusitada, ordenó á su más fiel escudero obedeciese ciegamente sus órdenes.

¿Qué había ocurrido aquella mañana en la cabaña de la pobre Marcelina?

Un arrogante mancebo, vistiendo al uso de los soldados de la corte de Castilla y seguido de un esclavo negro, montados en briosos caballos, se le habían presentado.

Al principio, la mujer denotó el más terrible espanto, al encontrarse ante aquellas fisonomías que su cerebro conservaba impresas en un día de eterno luto, pero tranquilizándose á medida que la conversación se animaba, escuchó los proyectos del joven, aprobándolos en silencio, y concluyendo por decir:

—La Santa Virgen de la Consolación nos favorecerá en

nuestra empresa. Corramos á ver la amada de mi alma.

IV

Llevemos nuevamente al lector al palacio de Hamet. En el extremo de los jardines y penetrando en el cerro que los resguarda, existía una oculta mazmorra, donde encerraban á los míseros cautivos. Más el sitio ha sufrido una transformación encantadora.

En vez de cadenas ó señales de tortura, las paredes están cubiertas de riquísimos damascos, tupida alfombra tapiza el pavimento, y suave perfume llena los ámbitos. En lugar de gritos de desesperación de los que sufren, se oyen tenues, pero dulces voces que murmuran plegarias, y en el fondo, bugías aromáticas iluminan un pequeño altar, donde la imagen de la Santísima Virgen, presta su divina protección á los que la imploran.

Arrodilladas sé encuentran Isabel y Marcelina. El moro las contempla con afanosa mirada, y á lo lejos el esclavo etíope, desenvainado el alfange, guarda el sitio del misterio, que nadie, bajo pena de su vida, puede descubrir.

Los ojos de la niña demuestran más tranquilidad de espíritu. No los aparta de la sagrada imagen; mientras que la buena anciana cruzando las manos, espera se realice el milagro apetecido.

Ella se levanta de repente, un vivo rubor colora sus mejillas; y arrojándose en los brazos de Marcelina, la dice:

—¿Dónde estoy? Esta no es la capilla de la casa de mi padre, pero mi amada Virgen y mi buena aya, no me han abandonado.

—Nada temas, hija querida, aquí y en todas partes, su

sagrada protección te cobija.

El gallardo musulmán se acercó entonces, sin que Isabel diera señales de temor. Antes por el contrario, señalándole á Marcelina, añadió:

—También recuerdo que siempre habéis querido mitigar mis pesares.

—Y esa será mi ocupación mientras aliente, contestó el enamorado joven; y suspirando, repuso: Si es que no me aborrecéis y me permitís que viva á vuestro lado.

Isabel le tendió la mano. Lentamente le condujo al altar, é inclinándole le dijo: —Pedid á mi divina Protectora lo que ella únicamente puede otorgaros.

* * *

Pasaron algunas semanas. La bella cautiva recobró por completo la salud, y Hamet, á quien sus deudos suponían encerrado en su vivienda, y sumido en honda amargura, empezaba á gozar de la más inefable de las dichas.

Una tarde, al ocultarse el sol en el lejano horizonte, dorando los altos picos de la sierra de Parapanda, se reunieron en el jardín los jóvenes y la anciana.

—Hoy me despido de mis flores, murmuró ella, y sin embargo...

Hamet tembló como temiendo vacilase la razón de la cristiana, la que lanzando suspiros, aunque débiles, expresaba un deseo que no podía satisfacer.

—Amado de mi corazón, dijo al guerrero; busco una que llevarme como testigo de mi recobrada felicidad, y no la hallo. Tus flores aún no están purificadas. Y una sombra oscureció su frente; y empezó á vagar por las calles de rosales, como en los dias de su fatal locura. Marcelina

caminaba detrás sollozando, y Hamet en el parasismo de su dolor, alzando la vista al firmamento se le oyó decir:

—Santa Madre de los afligidos, haced el milagro que os pedimos, ya que vuestra bondad es infinita.

Cuenta la tradición, que apiadada la Virgen del arrepentido musulmán, y para arraigarlo en su fé, hizo que repentinamente bajara una nube envolviendo en tenue y celeste gasa los jardines. Que enseguida, Isabel exclamó:

—Por fin encuentro las rosas azules dignas de ser colocadas en el altar de la Virgen sin mancilla. Y apresurándose á formar un ramo, se dirigió llena de placer al oculto, oratorio. Al amanecer del siguiente dia, y ocultándose de todos, un grupo de cuatro personas de distinto sexo, marchaba con rapidez hacia la frontera.

¡Siempre la fuerza del amor ha sido invencible!

El sabio Mahomet perdía una de sus mejores lanzas, y el rey cristiano adquiría en cambio un denodado capitán, que ostentando una roja cruz al pecho, pasaba á establecerse con ricos tesoros, en las comarcas de la otra orilla del Ebro.

V

Bajando la cuesta que termina en la puerta Monaita, y entrando en la de la Alhacaba, á mano derecha se vé un extenso huerto, poblado de punzantes nopales, y que pertenece á una humilde familia de jornaleros, que lo dejan destruirse poco á poco. ¿Quién había de figurarse hoy ante aquellas miserables ruinas, que en aquel sitio se levantara, hace algunos siglos, el palacio suntuoso del caudillo Aldoradin?

Y sin embargo, nada más cierto. Aún puede verse la oculta cueva incrustada en las entrañas del cerro á que dá nombre la iglesia de San Cristóbal, y donde se supone acaecido lo que se refiere en esta leyenda.

Otros vestigios no se descubren, más señales no pueden aparecer ante la vista; pero bajando, como yo lo he hecho, á las altas horas de medrosa noche, cuando las tinieblas dan al contorno un colorido vago y fantástico, deteneos ante el derruido arco de lo que fuera portón en otras veces, subid un poco hasta las pobres viviendas, y tal vez entre la yerba menuda que brota debajo de las chumbas, descubran vuestros ojos algún olvidado capullo, que os parezca, como á mí, vastago todavía de los rosales azules de Isabel.

¡Y es, que este purísimo color, nunca logrado en la tierra, está reservado solamente para los cielos, donde se halla la verdadera felicidad!

Antonio Afán de Ribera

Antonio Joaquín Afán de Ribera y Gónzález de Arévalo (Granada, 7 de febrero de 1834 - Granada, 5 de septiembre de 1906) fue un abogado, dramaturgo, cuentista, periodista y poeta español.

Procedía de una familia noble, descendiente del Adelantado de Andalucía Per Afán de Ribera. Aunque su fama no llegó a traspasar los límites de la provincia, fue popularísimo en su

ciudad natal, donde ejerció como juez municipal del juzgado del Campillo durante gran parte de su carrera. Realizó estudios de ingeniería en Madrid y de Medicina en Granada. Reunía los títulos de bachiller en Ciencias, doctor en Derecho y en Filosofía y Letras.

Sus trabajos tienen el sello de la localidad, siendo el asunto de sus aficiones la historia de Granada, sobre la que compuso multitud de tradiciones y leyendas. Fue colaborador de "La Alhambra" de Granada, redactor de "Gente vieja" y contertulio de la Cofradía del Avellano, tertulia artística y literaria encabezada por Ángel Ganivet, muy influyente en la cultura granadina. Era también conocido con el sobrenombre de «Gaudente el Viejo», utilizado por Ganivet para nombrar uno de los personajes de su novela "Los trabajos del infatigable creador Pío Cid". Fue fundador y alma de la Academia del Carmen de las Tres Estrellas, tertulia literaria que se reunía en su casa del Albaicín y que perduró más de un cuarto de siglo.

En política se adhirió al carlismo durante el Sexenio Revolucionario (en 1873 formaba parte de la Junta Carlista de Granada) y dirigió el primer diario carlista granadino, "La Esperanza del Pueblo", patrocinado por los arabistas de la Universidad de Granada Francisco Javier Simonet y Leopoldo Eguílaz, con el apoyo de más de una treintena de profesores de la misma universidad.